

UNA AUTOBIOGRAFÍA DEL GUADALMEDINA, EL RÍO DE LA CIUDAD DE MÁLAGA

Juan José Durán Valsero

Instituto Geológico y Minero de España. Académico correspondiente de la Malagueña de Ciencias

Texto de la conferencia impartida por el autor en el año 2000 en las Jornadas de debate "Guadalmedina vs. Málaga", organizadas por la Sociedad Malagueña de Ciencias.

INTRODUCCIÓN

Señor Presidente, señoras y señores, muy buenas tardes. Antes de comenzar quiero agradecer a la Sociedad Malagueña de Ciencias su amabilísima invitación para compartir con ustedes estas interesantes Jornadas de Debate sobre el río Guadalmedina y su relación con la ciudad de Málaga. Creo que son francamente oportunas, y el mero hecho de que tengan lugar demuestra claramente que Málaga es una ciudad despierta, viva, inquieta por su presente, por su pasado y, como no, por su futuro. Y en esta Málaga de hoy, la Ciencia, considerada muchas veces como algo lejano y oscuro, apta solo para minorías elitistas e ilustradas, también tiene una voz, una tribuna, un espacio. Creo que sólo por esta razón estas Jornadas ya son un éxito, y por tanto debo felicitar a sus organizadores, y animarles a continuar en esta certera senda.

ANTECEDENTES

Y antes de entrar en materia, permítanme que les cuente, brevemente, una pequeña y particular historia, de la cual fui involuntario protagonista hace escasas semanas. Ya saben ustedes que a los geólogos (yo lo soy), nos gusta sobremanera deambular por el campo, picando una roca aquí, moviendo un poco de tierra allá y llevando a cabo tareas similares. Y en esas labores me encontraba yo, precisamente, como digo, hace un par de semanas, en un lugar de la cuenca alta del río Guadalmedina, tomando algunos datos que pudieran ser útiles para ofrecérselos a ustedes hoy, en estas Jornadas de debate tituladas "Guadalmedina vs. Málaga". En un momento determinado, algo llamó mi atención. El extremo de lo que aparentaba ser un abultado sobre sobresalía

de entre los sedimentos recientes del aluvial del Guadalmedina. Con el tinte amarillento que el tiempo imprime al papel, un sobre, efectivamente, estaba semienterrado en una cárcel de tierra y cantos rodados, atrapado por los depósitos del río. Ustedes comprenderán que me picara la curiosidad, la sana y la insana. La sana, la del científico, estaba clara: si era una carta, la fecha de la misma me podía ayudar a saber la edad de aquel depósito de avenida. La insana, por decirlo de alguna manera, me invitaba a curiosear el contenido de la misma. La persona, humana al fin y a la postre, subyacía al científico. Y eso hice. Lo abrí, más preocupado de saber lo que contenía, que de comprobar la fecha del membrete. Y no se pueden imaginar ustedes mi sorpresa. Hasta entonces yo, como cualquiera de ustedes, había oído hablar de botellas viajeras, agitadas por los procelosos mares, conteniendo mensajes dirigidos a hipotéticos, desconocidos y lejanos destinatarios. Pero nunca había soñado ni por asomo con *sobres fluviales*, pese a reconocer que los ríos, y especialmente, los de la vertiente mediterránea, son magníficos agentes geodinámicos de transporte. Pero ya ven ustedes, como dice la canción, "sorpresa te da la vida", y no cabe ninguna duda que aquella era una de órdago.

Me imagino que a estas alturas ustedes querrán saber qué diantres contenía aquel sobre y que decía la carta (pues contenía una carta), que había en su interior. Lógico. Pues bien, la carta estaba compuesta por 3.215 palabras (les advierto que me he tomado la molestia de contarlas), redactada en primera persona y en un aceptable tono epistolar. Lo sorprendente era la firma: estampada al final, en bellos caracteres de la mejor caligrafía, decía así: "Yo, el Río Guadalmedina", y una rúbrica, en una tinta aguada de color azul claro, garabateaba

la mitad inferior de la última holandesa escrita. Supongo que ahora entenderán mi asombro, sorpresa y cuantos calificativos quieran ponerle a mi estado de ánimo de aquel momento. Pero hay más; la carta relataba, paso a paso, justo lo que debía (o pensaba en aquel momento) contarles a ustedes hoy, aquí y ahora. Así que sobrepuesto de mi sorpresa inicial y tras releer el contenido de la misma, decidí no seguir trabajando en mi discurso de hoy. Mi trabajo ya estaba realizado. Lo único que tenía que hacer, era rescatar esa carta del olvido, y prestarle mi voz a su autor, que, pícaro él, había preferido esconderse bajo la pretendida identidad del propio río sobre el cual versaba la carta.

Y precisamente eso es lo que voy a hacer a continuación, leerles la carta.

LA CARTA

La carta comienza así:

Cerca de la ciudad de Málaga, a tantos de tantos del tantos.

A todos aquellos que por la presente pudieran entender y a quienes pudiera interesar: En primer lugar, permítanme presentarme. Mi nombre es Guadalmedina, que quiere decir *río de la ciudad* (Fig. 1). Ni que decir tiene que la ciudad a que se refiere mi nombre es Málaga, una gran y bella ciudad nacida hace ya muchos siglos, en mi desembocadura, a orillas del *Mare Nostrum*. Este nombre, que a mí me gusta, no ha sido el único que he llevado a lo largo de mi dilatada vida. Me lo pusieron los árabes, un pueblo poderoso, inteligente, amante de las ciencias, de la agricultura y del agua, que anduvo durante algunos siglos por estas tierras, incluidas mis riberas, haciendo alusión a mi estrecha y biunívoca relación con Málaga. El río de Málaga, el río de la ciudad, el río de la medina, el Guadalmedina, ese soy yo. Me siento orgulloso de ser "el río de la ciudad de Málaga", pese a que en ocasiones he sido denostado y maldecido, y casi siempre poco o nada comprendido. Pero no adelantemos acontecimientos.

Antes deseo hablarles de mí, de cómo soy. Para empezar, debo decirles que no soy viejo, al menos en términos geológicos. Los relieves sobre los que me ubico, y que yo mismo contribuí a crear desde el punto de vista erosivo, surgieron hace pocos millones de años, porgamos diez, por decir una cifra

redonda. Antes de ese momento, diferentes fenómenos geológicos, todos ellos francamente sorprendentes, estaban ocupados en crear la cordillera Bética, ese edificio montañoso que, a modo de gran arruga de la corteza terrestre, se originó, surgiendo de los fondos marinos, debido a los extraordinarios empujes que tuvieron lugar al acercarse nuestra vieja y pequeña placa ibérica y la gigantesca placa africana.



Figura 1. Río Guadalmedina.

No quiero dedicar mucho tiempo a hablarles de mis primeros pasos. Como suele ocurrir, fueron duros: me costó mucho trabajo abrirme un hueco entre mis iguales, y más aún me costó labrarme una cuenca de alimentación que asegurara un caudal mínimo para mantener con dignidad el bien más preciado de un río, el agua. Sí me gustaría contarles un pequeño secreto que casi nadie conoce: no siempre fui un río independiente y altivo. Hace escasamente 50.000 años, cuando los hielos glaciares cubrían la mitad septentrional de Europa, y los hombres de Neanderthal pululaban a sus anchas por la bahía de Málaga, yo era un afluente del río Guadalhorce. Como lo oyen. Entonces, el nivel del mar estaba mucho más bajo que en la actualidad (nada menos que cien metros más bajo), y la línea de costa se situaba varios kilómetros mar adentro respecto a la situación actual. Por tanto, antes de que yo pudiera alcanzar la ansiada desembocadura, y mezclar mis aguas dulces con las saladas del mar, mi gran colega, el Guadalhorce, recogía mis aportes por su margen izquierda.

Luego, algunas decenas de miles de años después, se produjo un cambio ambiental relativamente brusco. El planeta se calentó globalmente, alcanzándose lo que se conoce

con el nombre de etapa interglaciar, y las aguas del mar comenzaron a ascender. La línea de costa retrocedió poco a poco, hasta alcanzar e incluso superar el lugar de mi intersección con el Guadalhorce. De esa manera, yo alcancé mi independencia. Quién me iba a decir entonces que ésta sería profundamente cuestionada algunos miles de años más tarde, aunque por motivos bien distintos, como más adelante explicaré.

En fin, también les quiero hablar de mi cuenca. Nazco, como tantos y tan notables ríos españoles, desde el seno de unas montañas calizas. Un pequeño manantial kárstico, surgente a unos 1.330 metros de cota sobre el nivel del mar actual, que ya saben varía más de lo que parece, es mi fuente de alimentación habitual. De esta manera, logro mantener un cierto caudal continuo durante todo el año, al menos en la parte alta de mi recorrido. Desciendo rápidamente hasta una altura de unos 520 metros, en dirección sur-suroeste. Giro posteriormente hacia el oeste, para dirigirme hacia los pies de la bella localidad de Casabermeja, donde mi cauce se inflexiona bruscamente hacia el sur, encajándome y serpenteando en estrechos meandros hasta alcanzar los arrabales septentrionales de mi ciudad de Málaga (Fig. 2). Aquí, antes de que la alfombra urbana cubriera mis dominios, yo me extendía en lo que los geólogos suelen llamar un abanico deltaico, desparramando los sedimentos que trabajosamente acarrea desde las partes más elevadas de mi cuenca, hasta la desembocadura. Muchos ven en esto un problema, sin pararse a pensar en quién ha puesto la primera piedra de esa gran industria que es el turismo. Alguien ha tenido que traer, grano a grano, las ingentes cantidades de arena que orlan nuestro litoral, y que las corrientes costeras, las olas y los temporales se encargan de redistribuir y de colocar en las playas. Los artífices de ese enorme trabajo previo, de arrancar la arena de las montañas, de pulirla y de transportarla hasta la línea de costa somos nosotros, los ríos. Y yo entre ellos.

En total, mis aguas, desde que nacen hasta que llegan al mar, recorren unos 48 kilómetros. Soy, por lo tanto, un río corto, y, como tal, algo bravío e impredecible. A los grandes ríos les suelen denominar ríos maduros; está claro que muy inmaduro debo ser yo, pues mi longitud es menos que modesta. Mi cuenca, es decir, la superficie del terreno que vierte las aguas

a mi cauce principal, ocupa una extensión también muy pequeña: tan sólo 180 kilómetros cuadrados. La forma de ésta es alargada, con una marcada orientación de norte a sur. La mayoría de arroyos que tributan a mi cauce, se acercan a mí por la orilla izquierda, provenientes de los Montes de Málaga.



Figura 2. Cauce del río a su llegada a la Presa del Agujero.

Desde el punto de vista de la naturaleza de los terrenos que conforman mi cuenca, ya he dicho que en la cabecera afloran algunas sierras calizas de edad Jurásica, que llegan a alcanzar algo más de 1.400 metros de altitud, con fuertes pendientes que dominan el resto de mi cuenca. Hacia el sur, mi tramo medio se reparte entre unas arcillas terciarias, que ocupan la denominada Depresión de Colmenar, que constituyen mi ribera derecha, y un conjunto de rocas que afloran en la ribera izquierda, pertenecientes al denominado por los geólogos Complejo Maláguide, que como pueden ver, tampoco son muy originales a la hora de poner nombre a las formaciones geológicas que afloran en un determinado lugar. Al llegar a Casabermeja y hasta Málaga, todos los terrenos de mi cuenca son de dicho Complejo: se dan cita allí pizarras, areniscas y conglomerados, de edad fundamentalmente paleozoica. No falta un enjambre de exóticas rocas subvolcánicas filonianas que cortan con profusión los materiales anteriormente citados. Por último, cuando Málaga aparece en el horizonte, mi cauce transcurre entre sedimentos marinos mucho más recientes, del Mioceno y del Plioceno, e incluso sobre otros sedimentos continentales cuaternarios que yo mismo me encargué en otros momentos, como antes he comentado, de transportar.

Lo más destacable de mi constitución

geológica es la impermeabilidad del conjunto de los materiales. Son tan impermeables que cuando llueve dejan que casi toda al agua que precipita (que a veces es mucha, como luego contaré), escurra sobre ellos y venga a parar a mí. Y no digamos con qué rapidez, puesto que las laderas y los cauces de los arroyos poseen unas pendientes extraordinarias, que hacen que la energía de las aguas que se precipitan hacia abajo buscando una salida, sea enorme, y tengan una elevadísima capacidad de arrastre.

Y, casi sin querer, he llegado a uno de los puntos clave que quería tocar: la lluvia, las precipitaciones. Nada de lo dicho hasta ahora sería especialmente grave, siempre y cuando no concurriera en mis dominios espacio-temporales, otra circunstancia especial. Y no es otra que la posibilidad de que mi cuenca, parcial o totalmente, quede bajo el área de acción de algunas de las tormentas que suelen azotar esta región mediterránea, sobre todo en el otoño. Aunque habitualmente, y por término medio, no recojo más allá de 500 o 600 litros de lluvia por metro cuadrado cada año, puede llegar a darse el caso de que una sola tormenta descargue la mitad de esa cantidad en sólo unas horas. Supongo que ustedes pueden imaginarse perfectamente la situación, pero les voy a poner un ejemplo muy gráfico. Una persona normal puede beber perfectamente

un litro de agua al día, o lo que es lo mismo, trasegar 365 litros en un año. Pues imagínense que se obliga a esa persona a ingerir en unas horas la mitad de esa cantidad, unos 182 litros, decilitro arriba o abajo. El resultado, ya se lo pueden imaginar, es catastrófico (Fig. 3).

Algo parecido me ocurre a mí en estas situaciones. Y no puede decirse que no esté acostumbrado. Este mal lo vengo padeciendo desde hace varios siglos. Aunque no siempre ha sido así. De hecho, con anterioridad al siglo XV, eran muy escasas las ocasiones en que esto ocurría. Y la razón es muy sencilla. Hasta entonces, mis laderas estaban pobladas por una vegetación, no diré que exuberante, pero sí ciertamente frondosa. Los árboles eran mis aliados. Ellos bebían parte del agua que precipitaba, regulando de una manera natural la escorrentía superficial.

Un cambio en la Historia (en la de los hombres, no en la mía) modificó este equilibrio natural, que posibilitaba que mis aguas llegaran a Málaga mansamente, limpias y cristalinas. Los habitantes de esta región, aquellos que me pusieron el nombre, fueron desalojados por otros que venían de otras tierras. En pocos años, talaron los bosques que ornaban mi cuenca, para hacer campos de cultivo. Posiblemente, ellos no supieran ver en aquel momento las terribles consecuencias que sus acciones tendrían en el futuro. Pero el



Figura 3. Crecida del río cerca de Venta Cotrina.

resultado fue inmediato. A partir de entonces, me vi incapaz de retener y modular las aguas como antes lo había venido haciendo.

Desde el siglo XVI, las inundaciones comenzaron a ser un azote para la ciudad de Málaga. Mis buenas (casi idílicas, diría yo) relaciones con mi ciudad empezaron a torcerse. He de subrayar que el único culpable de que esto ocurriera no fui yo. Ya he dicho que los propios habitantes de mi cuenca fueron los que provocaron el cambio de dinámica que favorecía la generación de riadas, con consecuencias catastróficas para Málaga. Pero también los habitantes de la ciudad contribuyeron en buena medida a sus propios males y a la difusión de mi mala fama. Mis avenidas arrastraban cada vez más tierra hacia el abanico deltaico de la desembocadura, pues cada vez la deforestación de mi cuenca y los trabajos agrícolas de labranza dejaban el suelo a merced de las violentas tormentas y la acción de las aguas torrenciales. Esa tierra levantaba, al acumularse y depositarse, mi propio cauce, haciendo que este divagara y en ocasiones se situara incluso por encima de las márgenes adyacentes, con gran peligro de desbordamientos en aguas altas. Este funcionamiento no es extraordinario, cualquier río o torrente de mis características hace exactamente lo mismo, en cualquier sitio del mundo, y los hombres deberían de saberlo. Pero no sólo lo desconocían o parecían desconocerlo, sino que jugaban a la contra.

Durante varios siglos, el mantenimiento de mi cauce, en unas condiciones que posibilitaran el desagüe de caudales importantes fue una entelequia. A veces, incluso tenía que ser yo el que lo limpiara de los múltiples desechos y escombros de todo tipo que se acumulaban en él, impidiendo una salida rápida a las aguas. Quiero decir con esto que mis avenidas también cumplían un papel, que incluso me atrevería a calificar de sanitario, pues eliminaban una gran cantidad de residuos nada recomendables para la vida normal de una ciudad.

Llegado a este punto, podría contar con todo detalle muchas de las casi cincuenta inundaciones importantes que recuerdo en estos últimos cinco siglos, pero prefiero no aburrir. Sí diré que muchas de ellas han sido causadas por otros arroyos del entorno de Málaga, entre ellos el de los Ángeles, el del

Cuarto, el del Calvario y otros. Sin embargo, como decía anteriormente, la mala fama me la he llevado siempre yo, qué le vamos a hacer.

Sí quiero hacer constar que lamento mucho los centenares de muertos que en algunas ocasiones ha habido en algunas de estas inundaciones, como ocurrió en los años 1628 y 1661, que sumaron entre ambas más de un millar de malagueños fallecidos, arrastrados por las aguas y ahogados.

Aunque fueron numerosísimas las intentonas de poner remedio, cortando por lo sano, al mal llamado “problema del Guadalmedina”, no fue hasta principios del siglo que ahora muere, o sea el XX, cuando se realizaron algunas acciones determinantes en mi configuración como río. Antes se habían producido algunas paradojas, vistas a la luz de lo que hoy día se plantea. Así, por ejemplo, en 1803 se trasvasó parte del arroyo de los Ángeles al del Cuarto, para evitar las inundaciones en la Trinidad. De hecho, se evitaron y se generaron en el Perchel, de tal manera que, en el año 1948, se volvió a trasvasar parte del arroyo del Cuarto al de los Ángeles, que volvió a causar daños en la Trinidad y en el Perchel. Cosas de los hombres.



Figura 4. Presa del Agujero.

Como ven, las culpas no siempre pueden caer en mi lado. Decía que, a principios del siglo XX, un hecho novedoso cambió radicalmente mi panorama. La ciudad, lejos de arreglar los problemas que había planteado mi cuenca, decidió “regularme”. Dicho de otro modo, domesticarme. Primero creó las condiciones para que el fiel can doméstico pasara a perro salvaje, y después pretendió ponerme un bozal. Para ello se construyó, entre la segunda

y la tercera década del siglo XX, la Presa del Agujero, en un paraje aguas abajo de la confluencia de mi lecho principal con el arroyo de Humaina, muy cerca ya de Málaga Fig. 4).

La ciudad se ponía así un cerco de seguridad, pues la presa estaba diseñada para dejar pasar un caudal limitado, que no superase la capacidad de desagüe de mi canal terminal, ya encauzado y encerrado entre dobles paredes por aquel entonces. Coincidiendo con la construcción de la Presa del Agujero, el día 18 de noviembre de 1918, una tormenta de más de 225 litros por metro cuadrado en mi cuenca, ocasionó una de las *riás* más espectaculares que se me imputan. Pero una vez más, el efecto de la misma fue benéfico, pues indujo a llevar a cabo la reforestación de una parte de mi cuenca, la que corresponde al actual Parque Natural de los Montes de Málaga. A mí me deben, por lo tanto, los malagueños tan singular espacio natural protegido a las puertas mismas de su ciudad.

También se acometió más o menos por

aquellas fechas, otra actuación terapéutica: mis heridas erosivas fueron restañadas parcialmente, construyéndose numerosas pequeñas presas de retención de sedimentos, que evitaban que los caudales de mis avenidas crecieran en volumen y ocasionaran más daños de los ya de por sí importantes que los ingentes volúmenes de agua precipitada podían causar. Curiosamente, desde entonces no ha habido ninguna inundación catastrófica en Málaga debida a mis artes, aunque no niego que algún que otro susto sí que se ha producido. Como, por ejemplo, el del año 1989, después de que una nueva presa hubiera terminado por rematar mi dignidad como río bravío. Cuántas veces he pensado si me cabe el honor de ser el río que más esfuerzo humano ha recibido, para bien y para mal, por unidad de longitud de mi cauce principal.

Efectivamente, en 1983 una nueva presa, mayor que la anterior, venía a situarse como una auténtica frontera entre dos mundos, en la raya entre el río, hacia el norte, y la ciudad, hacia el sur. La presa del Limonero era, según



Figura 5. Embalse del Limonero.

dijeron entonces, una solución y un reto a la vez (Fig. 5). Lo de la solución parece claro, por lo que ahora se dice, que no era tal. Lo del reto, bien cierto era y es. Una gran presa con una capacidad de embalse de 40 millones de metros cúbicos situada en pleno ámbito urbano es un reto o un atrevimiento, según quién califique la circunstancia. El asunto es que con presa o sin ella, el cielo volvió un día a tornarse oscuro y a diluviar, y la capacidad de desagüe de mi cauce, abandonado de nuevo por la desidia, se encontraba bastante mermada. A punto estuve de volver a revivir aquellas escenas de pánico que ya casi tenía olvidadas. Muchos malagueños volvieron a temblar, recordando las historias que habían oído mil veces de las trágicas *riás*, de la fuerza del río Guadalmedina, de las ansias destructoras que todos atribuyen a mis desbordadas aguas.

Afortunadamente, no fue así, y hoy puedo decir que hace más de ochenta años que mis relaciones con Málaga, con mi ciudad han mejorado. Pero Málaga no olvida.

Lejos de soñar con un río como aquel que fui antaño, hoy se alzan voces que piden mi muerte: "El Guadalmedina debe morir – dicen –, hay que enterrarlo". Desentierran para ello, viejos proyectos muchas veces planteados y muchas veces rechazados. Ayer ya quisieron desviar mi curso, ora hacia Levante, ora hacia Poniente. Quieren volver a hacerme a la fuerza afluente de otros ríos, menos nobles y quizás menos fuertes que yo. Pretenden quitarme de en medio de la ciudad, de mi ciudad. Sé que algunos desean que Málaga sea una ciudad sin río, sin importarles ni caer en la cuenta que entonces también yo sería un río sin ciudad. Argumentan que hoy, en los albores de la modernidad, viejo y semidomesticado, sólo soy una fuente de problemas. No se paran a pensar que un río jamás debería ser un problema para una gran ciudad, sino una seña, y no de las menos importantes, de su identidad. Han llegado a decir que soy una cicatriz, una vieja y fea cicatriz que dividió en dos a la ciudad.

Quién diría que soy yo, un humilde río, y no las obras del hombre, las cicatrices que afean y dividen el paisaje, y separan a sus habitantes, incluidos sus mujeres y hombres.

La ciudad que yo vi nacer, que alimenté mucho tiempo con mis aguas, hoy me da la espalda, me humilla y me abandona. Parece ser que el destino final que tienen previsto para

mis aguas es el de trasvasarlas y unir las al de otros hermanos míos, para después lanzarlas al mar, perdidas nuestras identidades. Parece más que probable que mis menguados caudales irán a parar a los lechos de otros cauces. Puede que finalmente estos temores míos se hagan realidad, y puede que así (quizás, no lo niego) Málaga solucione uno de sus desencuentros históricos. Uno más, el río, el puerto, el monte de Gibralfaro y tantos otros. Pero si esto llegara a ocurrir, si tuviera que alcanzar las cálidas aguas del Mediterráneo sin ver los edificios y las gentes de la ciudad de Málaga, de mi ciudad, de la ciudad que vi nacer y que me dio nombre, sólo pido que no me obliguen a llevar ese estigma por los siglos de los siglos. En ese caso, por favor, cámbienme de nombre: no querría seguir siendo el Guadalmedina, el río de una ciudad con la que ya no me unirá ningún lazo.

Atentamente,

El río Guadalmedina

EPÍLOGO

Este es el contenido de la carta, firmada por el propio río Guadalmedina, y encontrada entre sus aluviones, en la que se relata pormenorizadamente su autobiografía. Léida ésta, yo, por mi parte, nada más tengo que añadir, tan sólo agradecerles encarecidamente su atención.

Muchísimas gracias.

AGRADECIMIENTOS

A Mary Chelo Hernández, por su ayuda en la transcripción del texto original de la conferencia. Al Dr. Luis Linares Girela, por su empeño en la publicación de la misma en la revista de la Academia Malagueña de Ciencias y por las fotografías que ilustran el texto.



El río Guadalmedina a su entrada en la ciudad de Málaga.